
Beckett o el terror de la historia

Beckett no se nutre de la historia. En su obra ésta no aparece. Sus tramas son puras. Vaciadas de referencias temporales. Abstraídas de anécdotas reales. Beckett consigna de este modo su desprecio por la historia. Como los antiguos. Con una diferencia: El no aspira, como aquéllos, comulgar con una realidad sobrenatural que trascienda lo histórico. Se atora mejor. Prefiere fincarse en una suerte de intersticio donde ni la historia ni la eternidad resuenan. Beckett instala a sus personajes en un recipiente donde la vida transcurre apartada de anhelos temporales o sagrados. Sus tramas no suceden ni en el cielo, sus personajes están lejos de ser divinos, ni en el infierno, sus personajes no sufren realmente, y por ello tampoco se quejan. Ni santos ni condenado, los seres beckettianos habitan en un limbo incierto. Dentro de la cáscara de un fruto sin carne. En el vacío. En uno donde no cabe el alarido, donde no hay lugar para el goce.

La prosa de Beckett es muda. Su fuerza radica en la transparencia silente de su acritud. Beckett no delira. Nunca. Se contiene. No se desborda. Calibra. Jamás se desboca. Su rabia no estalla. Es un maestro en el dominio de sus emociones. Su estilo es el filtro de su vorágine interna. Su prosa es tensa. A través de ella se filtran los vórtices de su interioridad. Pero domeñados. Si no fuera así aflorarían la autocompasión o el fárrago. Beckett nunca juzga. No moraliza. No inculpa. No grita como Artaud. No se conduce como Ionesco. No pregona la verdad como Sartre. No desparrama su fantasía como los surrealistas. No sueña con el absoluto como los románticos. Al escribir Beckett efectúa un rito. Una ascesis donde el rigor por vertir lo interno tiene que pasar por el crisol de un estilo que no permite la expresión desnuda. Beckett se prohíbe vomitar sin más. No condena. No propone. Calla. Lo que quiere decirnos es no decirnos. Beckett es demasiado consciente de lo inútil que es señalar culpables. De lo indecoroso que es llorar por nuestra suerte. Su apuesta literaria es al silencio. Esquivar las púas del lenguaje. Birlar sus trampas y engañifas. Usar el lenguaje apretándole el pescuezo. Beckett huye del lenguaje pero se queda en él. La única creencia que se trasluce en su obra es precisamente ésta: el lenguaje.

La faena consiste en meter las manos en las aguas del lenguaje sin mojarse. El lenguaje es lo único que parece conciliar a Beckett con la historia. Sólo en él percibimos cierta confianza del escritor hacia la cultura y la condición humana. Pero una confianza condicionada. Me doy al lenguaje sin venderle mi alma a cambio. Beckett, junto con muchos otros escritores, sabe que el lenguaje puede ser una gran telaraña. Que las palabras con facilidad se convierten en rediles. Que el vocabulario se encotra en la carne. No obstante opta por usarlo. En su contra.

Ningún escritor ha señalado de tal modo la pérdida de identidad humana como Beckett. Si en Kafka la certidumbre comienza a desdibujarse. A desteñir sus contornos. En Beckett desaparece. Hay en Beckett un hondo sentir por el extravío humano. Sin declararlo. Sin hacerlo explícito. Sin condolerse por ello. Los innumerables personajes de sus obras son espectros. Su desconstrucción es su signo. Gelatinas invertebradas. Sin huesos. Sin carne. Sin nombre. Nada hay que los refiera. No van a algún lado. Aunque se muevan no parten. Si salen nunca llegan. Si esperan nunca reciben. Atorados. Yertos. Desfigurados. Como los cuadros de Francis Bacon. De Jackson Pollock. La teoría moderna del progreso aquí se cae de bruces. Beckett se ha encargado de hacerla añicos. Desde lo más profundo de su alma niega que con el tiempo todo mejore. El devenir es una parodia de la esperanza. Un círculo vicioso en donde todo se repite absurdamente. La idea del tiempo en Beckett es cíclica. Todo regresa a su punto de partida. O ni siquiera sale de él. El tiempo no ofrece ninguna promesa redentora. Al revés: certifica la caída. Confirma la inmovilidad existencial. Cada instante que pasa, cada balanceo del péndulo, signa el anquilosamiento humano. El tiempo es implacable. En él nada pasa. Nada significativo. Nada liberador. El tiempo es el sordo testigo de la miseria vital. Como un lago estacando. Como un río desecado. El hombre moderno descubrió el tiempo. Beckett mostró lo que es padecerlo.

Hablar de Beckett produce pudor. Al leerlo siento como si me prohibiera hablar de lo que escribe. Su obra infunde un respeto atroz. Beckett detestaba el espectáculo. Rehusaba el aplauso. El elogio. Huía del homenaje. Del afeitte. Del maquillaje. De la pose. Como Celine. Como Genet. Como Rulfo. Proponíase mantener lejos del show. Era renuente a ser entrevistado. Nunca explotó su fama. Ni su prestigio. Decía que escribía porque era lo único que sabía hacer. Permaneció hasta el final fiel a su ideal ascético de no ceder a lo que convirtiera en espectáculo su obra y su vida. Actitud muy francesa. Por algo vivía en París. El mejor respaldo que tiene su obra es su actitud vital rigurosamente apartada de cualquier utilización amañada. Beckett no ocupaba su tiempo en hacerse propaganda. Por lo demás Beckett no vivía como sus personajes. La literatura es un reflejo parcial de lo que sucede en las entrañas de sus creadores. Beckett, cuentan quienes lo conocieron, era duro pero tenía humor. Gustaba de vivir. Iba al beisbol y bebía con sus amigos. Como todos nosotros. La diferencia está en su enorme sensibilidad, y talento. Muera en paz.

Jorge García-Robles